

Bustamante hablando de la traidora de Elizondo, no
 que en potencias de este asunto y solo hace referen-
 a la falta de Monclova. Es evidente que las derrotas
 que sufrieron en Guadalupe y Calvario los indepen-
 dientes, dieron un poderoso impulso al partido realista,
 y que los que proyectaban en sus contrarrevolucion
 cobraron ánimo para efectuarla. Muy pocos son aquellos
 hombres que en la desgracia de su jefe ó caudillo, no se
 dan la espaldas abandonándole ó traidorándole, para pa-
 sarle á las filas enemigas.

CAPITULO XX.

Confianza del general Allende. Sus creencias. Su ejército. El padre Fray Pedro Bustamante. La vanguardia. El primer carruaje. El capitán general Allende. El capitán Elizondo. Muerte de D. Indalecio Allende. El general Jimenez. El Generalísimo. Ataca Elizondo su artillería. Su arrojo. Los derrota. Levanta el campo. El teniente general Iriarte. El gobernador Herrera. Documentos.

La excesiva confianza del capitán general Allende, al continuar su marcha para las provincias del Norte, sin tomar las precauciones convenientes en estos casos, como anticipar extraordinarios, anunciando su aproximación y sosteniendo una correspondencia activa con las autoridades independientes de aquellas poblaciones, para que lo informasen de todo lo que ocurriese, fué una de las causas que más eficazmente contribuyeron á la pérdida de estos ilustres caudillos.

Persuadido de que aquellas provincias se habían unido á su causa, y de que los jefes que se hallaban á su frente, eran hombres leales y que jamás faltarian á sus deberes,

ignoraba del todo los últimos sucesos ocurridos. Confianza digna de censura, porque un general en jefe, debe estar prevenido para toda emergencia.

Como consecuencia de esta inconcebible tranquilidad, el ejército todo marchaba en el mayor desorden, dividido en varias fracciones y á largas distancias los unos de los otros, iban lentamente avanzando. La artillería, que se componía de veintisiete piezas, la mayor parte de grueso calibre, marchaba solamente escoltada por los artilleros, dejando á su retaguardia el grueso de la fuerza. El orden, pues, con que este ejército se aproximaba á su enemigo, no lo hubiera escogitado mejor Elizondo, para consumir su negra acción.

El padre Fray Pedro Bustamante, religioso mercedario, acompañado de cuatro soldados de caballería, marchaba á la descubierta, siendo los primeros que pasaron por el frente de Elizondo y de su fuerza, que tenía formada en ala; hecho el saludo de ordenanza, siguieron su marcha hasta llegar al recodo del camino en donde Elizondo había colocado una fuerza, y una vez entre ellos se les desarmó, reduciéndoles á prisión; operación que no podía ser visible de sus compañeros por la curva que hace el camino.

Poco después llegó otro grupo, la vanguardia compuesta como de setenta hombres de caballería; y aunque ésta por su número, pudo hacer alguna resistencia y poner en alarma á los que le seguían, para que se preparasen á combatir, no hizo ninguna defensa, sino que se rindió á discreción, dejándose desarmar y amarrándoseles para mayor seguridad, obrando los realistas con tanta actividad y habilidad en estas operaciones, que no fueron percibidas por los independientes sus maniobras.

A esta vanguardia, seguía un carruaje conduciendo varias jóvenes ó señoras, y escoltado por unos doce ó catorce hombres de caballería. Los realistas, que vieron aproximarse un coche, desde luego creyeron que en él venían personajes de importancia, así es que con mayor empeño se prepararon á realizar su obra. La escolta independiente, bien sea que maliciase algo de lo que estaba pasando, ó que fuesen hombres que no se intimidaban fácilmente, en el momento que se les dió orden para que se rindieran, trataron de defenderse haciendo fuégo, el cual fué contestado por los realistas; resultaron de este tiroteo tres muertos de los que custodiaban el carruaje, los demás fueron aprehendidos y asegurados.

A corta distancia de este coche, venía otro conduciendo al capitán general Allende, á los tenientes generales Jimenez y Arias y D. Indalecio Allende que tenía igual graduación y era hijo de Allende. Parece ser que el capitán Elizondo tenía á su lado á alguno de los soldados presos independientes, para que le fuese indicando las personas que venían en los carruajes y cuál era el que conducía á los caudillos, porque no habiéndose movido de su puesto, en el momento que se presentó en el que iba el capitán general Allende, se desprendió de la formación Elizondo, acompañado de unos cuantos, se aproximó al coche, saludó, y acto continuo les intimó rendición. Allende, dotado de gran serenidad y de un valor á toda prueba, tan luego como escuchó aquella orden, tomó inmediatamente una de sus pistolas, y apuntando á Elizondo, le hizo fuego censurándole acremente su infame acción.

Pero ya bien fuese que al ver Elizondo que se le hacía fuego, hubiese hecho un movimiento violento para impedir el que se le hiriese, ó que Allende no tuviese en aque-

llos momentos de sorpresa, una acertada puntería, el tiro no produjo su efecto.

Elizondo viendo que el capitán general Allende lejos de rendirse se preparaba á defenderse, retirándose un poco del carruaje, dió á los que lo acompañaban la bárbara orden de que hiciesen fuego á quema-ropa sobre el coche. Hecha la descarga, quedó muerto en el acto el hijo de Allende, y herido mortalmente el teniente general Arias.

El general Jimenez, viendo que toda resistencia sería inútil saltó del carruaje diciendo que se rendía y que ya no se hiciese fuego; mientras tanto Allende colocaba en los brazos el cuerpo de su moribundo hijo, luchando por darle vida. Al fin y á instancias de Jimenez, bajó del carruaje, colocando á su hijo ya muerto en el suelo. Arias, casi en agonía, fué conducido con Allende y Jimenez, á donde estaban los demás independientes, resguardados por una fuerte escolta.

Firmemente creyó Elizondo, que en aquel carruaje vendría el caudillo, produciéndole su decepción un verdadero disgusto por tener que repetir un acto realmente infame.

Poco después aproximóse un grupo de ginetes. Elizondo acompañado de una parte de su fuerza, salió al encuentro; era el *Generalísimo*, que venía á caballo escoltado por treinta hombres al mando de Agustín Marroquín. Después del saludo de ordenanza, intimó Elizondo al caudillo se rindiese; en el acto, y sin dar contestación el *Generalísimo*, sacó violentamente de la arzon de la silla una pistola para defenderse, pero los que le acompañaban lejos de seguir su ejemplo, se interpusieron suplicándole que se rindiese, manifestándole que sería inútil toda defensa. Cediendo el caudillo á la presión de una fuerza mayor, con la

serenidad del héroe, colocó la pistola en su lugar y cruzado de brazos con la mayor tranquilidad, conoció que la Providencia lo llamaba para premiar sus sacrificios, ciñendo su cabeza con la inmortal corona del mártirio. No es posible describir lo que en aquellos momentos pasaba en el interior del traidor Elizondo; acciones de esta naturaleza, por obcecado que sea el hombre que las comete, siempre lo torturan, siempre lo hacen sufrir. Desarmados y asegurados los de la fuerza de Marroquin, dispuso Elizondo, marchasen á incorporarse con sus compañeros, custodiados por una fuerte escolta.

Hasta allí el traidor Elizondo habia realizado una parte de su proyecto, capturando á los caudillos, pero aún le quedaba por rendir á la fuerza de infantería, caballería y artillería que acompañaba al Generalísimo. Esta por el desorden en que he dicho venia, y como estaba á una legua de distancia, tardaría en llegar á aquel punto, más de media hora, y no juzgando conveniente Elizondo esperarla, porque de este modo se aglomerarían en un solo punto todas las fuerzas independientes, lo que podría ser de malos resultados, determinó marchar á su encuentro llevando fuerza suficiente. A largo trayecto descubrió la artillería, que avanzando lentamente por lo pesado de los trenes y piezas, venia embuelta en una densa nube de polvo.

En el acto, aproximándose Elizondo con pistola en mano á los primeros artilleros, les mandó que se rindiesen; pero aquellos, sin intimidarse se prepararon á la defensa, lo que observado por Elizondo, arrojóse con valor extraordinario sobre los artilleros, matando á uno, á la vez que la fuerza que lo acompañaba con el mismo denuedo atacaba á los restantes.

Corta fué aquella lucha, porque los independientes real-

mente sorprendidos, viniendo en desorden, sin jefes que los mandasen y sin esperar un lance de aquella naturaleza, los unos huyeron y los demás se rindieron, quedando en el campo cuarenta cadáveres de los independientes, y en poder de los realistas toda la artillería, armamento, parque, carros y una fuerte cantidad de dinero y barras de plata, ascendiendo segun unos historiadores, los valores recogidos, á quinientos mil pesos, y segun otro, á dos millones. A esta suma se unió la de treinta y dos mil pesos pertenecientes al prelado de aquella diócesis, el Sr. Marin, y que una partida de independientes quitó á los realistas en una accion insignificante de armas.

Realizado en todas sus partes y con todo el éxito el proyecto de Elizondo, despues de levantar el campo emprendió la marcha con todos los prisioneros, (siendo el número de éstos de más de ochocientos) con el objeto de incorporarlos con los otros y seguir su camino para Monclova.

El teniente general Iriarte, logró salvarse, á consecuencia de haber huido desde los primeros tiros, y aunue Elizondo mandó inmediatamente fuerzas de caballería, para que tenazmente lo persiguiera y alcanzase, no se le pudo aprehender.

El gobernador Herrera, viendo que la fuerza con que partió Elizondo, era corta para llevar á buen término su empresa, en el acto dispuso marchasen otras dos secciones compuestas de cuatrocientos hombres, al mando del teniente coronel D. Manuel Salcedo y capitán retirado D. Pedro Nolasco Carrasco, para que reforzasen á las primeras, auxilio que fué para Elizondo de gran valía, porque aunque ellas no tuvieron parte en la captura de los caudillos y su ejército, si fueron de suma importancia sus servicios, para la conduccion de los prisioneros.

Por los dos partes que á continuacion inserto, podrá el lector imponerse muy detenidamente del modo con que se efectuó la aprehension de los caudillos, así como de la derrota que sufrieron los independientes, y la pérdida del dinero perteneciente al obispo Marin.

La máxima tan general como cierta, de que el hombre en la prosperidad tiene amigos y en la adversidad enemigos, se realizó en todas sus partes, en los sucesos que he referido en el presente capítulo.

Los terribles golpes que sufrió el ejército independiente en Guanajuato y Calderon, viéndose obligados á marchar para las provincias del Norte, produjo efectos terribles en el partido nacional, resolviendo á aquellos que aún dudaban de su buen éxito, el que volvíesen á sus antiguas filas, por temor ó con esperanza de medrar.

Esto fué lo que motivó á Elizondo y sus compañeros para hacer la contrarrevolucion, y no el deseo de defender sin ningun interés, los derechos de la corona española.

Fué real y verdaderamente digno de censura el sumo descuido con que el ejército independiente marchaba, viniendo los caudillos á larga distancia de su fuerza, y sin traer ésta inmediatamente un jefe de importancia, que les mandase y se pusiese á su frente en caso necesario. Otra muy distinta hubiera sido la suerte de estos caudillos, si hubiesen tomando siquiera las precauciones y providencias acostumbradas en estos casos. Unidos los jefes á sus fuerzas y marchando en orden, jamás se hubiera atrevido el capitán Elizondo, con la poca fuerza que tenia á sus órdenes, sorprenderlas y hacerlas rendir. Prescindiendo de lo

detestable é inicuo de la accion de Elizondo, no se puede negar que obró con todo el tacto que requería para su buen término esta empresa, así como la prueba de valor que dió al echarse sobre la artillería, haciendo rendir á más de ochocientos hombres. Verdad es que mucha parte tuvo en esta operacion el teniente coronel Salcedo. La mayor parte de los historiadores afirman, que el jefe independiente que huyó al atacar Elizondo la artillería, fué el teniente general D. Rafael Iriarte. Esta asercion de los historiadores no me la puedo explicar satisfactoriamente. El lector recordará que en el capítulo anterior al darle cuenta de la partida de los caudillos para las provincias del Norte, dije, que en una de las órdenes que con más apremio dió el general Allende al Lic. Rayon, como jefe nuevamente electo, del ejército que debía quedar operando en ausencia de éstos, era que en el momento en que se presentase el general Iriarte lo pasaran por las armas. ¿Cómo es que aparece unido á las fuerzas que acompañaban al general Allende en su peregrinacion al Norte, puesto que Iriarte fué uno de los que primero huyeron al atacar á Elizondo? ¿Cómo, cuando y dónde se les unió? Y si se les incorporó á los caudillos, ¿por qué motivo el general Allende no lo mandó pasar por las armas de conformidad con lo que le habia terminantemente ordenado al general Rayon? Dificultades son estas, que ninguno de nuestros historiadores se hace cargo para resolverlas, pero ni aún siquiera las indican, lo que prueba hasta la evidencia que no fijaban su atencion en lo que escribian, ni hacen la más lijera crítica de la verosimilitud de las tradiciones ó sucesos que refieren. Con el objeto de resolver tal dificultad he buscado con empeño algunos datos sobre este particular. Nada he encontrado que indique el que

Iriarte iba con los caudillos; en los partes que he publicado de las operaciones de Elizondo, dados por el gobernador Herrera á Calleja y al Virey, en ninguno se hace mencion de Iriarte. Es punto, pues, que no se puede resolver con datos fehacientes si iria ó nó; ó tal vez hagan referencia á otro jefe del mismo apellido.

El acto de haber mandado hacer fuego Elizondo, sobre el carruaje que conducia al general Allende y á sus compañeros, es digno de la más enérgica reprobacion y consecuencia precisa de su infame conducta. En el mismo capítulo que he citado, dije que en la contrarrevolucion que se efectuó en Monclova y San Antonio de Bejar, tal vez tomaron parte en ese movimiento, otras personas que no figuran, y que el origen de esta traicion, parece ser venia de parte más elevada. Por la carta que á continuacion inserto, y en la que se dan minuciosos detalles sobre estos sucesos, podrá el lector formar su juicio. Las explicaciones que su autor da en ella, prueban que estaban muy al tanto de lo que pasaba y aún tal vez iniciado en los medios ocultos de que se valieron para realizar su proyectó.

Ilustrísimo Sr. Dr. D. Pedro Feliciano Marin.

Monclova, Marzo 25 de 1811.

Mi mas venerado amo y señor:

Estaba deseoso de poder noticiar á V. S. I., la gloriosa reconquista de estas provincias, lo que no podia verificar por no saber de su paradero; y ahora lo hago con el portador, por haberme prometido el llevar ésta hasta donde se halla.

Desde la llegada á ésta de los señores gobernador y demás oficiales prisioneros de Bejar, empezó D. Ignacio Elizondo á juntar tropas y amigos, con mucho silencio, para que le ayudasen á sacudir tan pesado yugo como nos habían puesto los ejércitos americanos, lo que se verificó auxiliado de los soldados de estos presidios que estaban en esta capital y vecinos de ella, teniendo ya prontos los auxilios de las demás tropas que estaban de guarnicion en los otros, al capitán Menchaca con 300 indios lipanes, y al capitán Colorado con 300 soldados acuartelados, á quienes lo avisó mi padrino Elizondo, al ponerse en camino, y darle el auxilio necesario con la mayor brevedad; y en este intermedio levantó la voz el padre Zambrano con el vecindario y tropas de Bejar, haciendo prisioneros al Lic. Aldama y al padre Salazar y á los que habían apresado á los gobernadores, cuyo hecho acabó de animar á la gente; y el 17 de éste que era para cuando había mi padrino dispuesto su asalto, llegó á ésta á la oracion de la noche, y se estuvo oculto hasta las once de la misma noche que, con cosa de 200 hombres, se hizo dueño de la artillería, que eran 9 cañones, amarró al mariscal D. Pedro Aranda y demás oficiales y soldados, que por todos serian 150 poco más ó menos, incluso el capellan que lo era el padre Medina, que estaba de cura en Santillana cuando la visita; todo esto se hizo en cosa de tres horas y sin haber habido ni un tiro, ni un golpe. También estaban las cosas en buena disposicion por venir ya en camino, la mayor parte del ejército que estaba en el Saltillo, que no les fuera el aviso, lo que se consiguió; y así como venian inocentes, se les puso un lazo de aquel lado del pueblo de Béjar, que dista de ésta, cosa de catorce leguas, que con 270 hombres y 30 individuos, se aseguró todo el ejército, sin más que un he-

rido en los nuestros, y en los suyos cosa de 40 hombres muertos y entre ellos, el hijo de Allende, por haber disparado su padre á mi padrino, tres pelotazos desde el coche; todo el ejército se componia de 1,500, los más pelados, y otros pocos que venian de tropa; que se dieron luego á estas armas; pero los prisioneros son los mil quinientos, de los cuales son como 60 de Plana Mayor, y de los cabezas, el cura Hidalgo que hacia cosa de quince días que habia renunciado el cargo de generalísimo en Allende.

Allende, Ximenez, Abasolo, Zapata, Lanzagorta, Santa María, el que era gobernador de Monterey, que andaba de cuartel maestro, y otra punta de mariscales, brigadieres, coroneles y demás, y seis clérigos y tres frailes que con un carmelita, un mercedario y un franciscano y tambien 13 coches y una volanta. Solo Iriarte se fué, pero lo van siguiendo, y no se escapará, pues en Parras está un tal Melgares de Vizcaya que, para ésta, ya le habrá dado al Saltillo con 5,000 hombres, y uno de aquí se los vá á dar para sacar al Sr. Cordero, y tambien se les quitaron 34 cañones y setecientas y tantas barras de plata y mucho dinero en plata y oro que, segun razon será cosa de dos millones por todo, ó algo más, segun se cuenta de ellos; y esta feliz batalla fué el día 21 del que rije.

El Sr. Calleja, se dice, está de este lado de San Luis, y que sus avanzadas llegan á Matehuala.

El día de ayer llegó á ésta, la noticia de que de Monterey para ésta venia un trozo de ejército, y que éste traia el dinero de V. S. I.; pero el capitán Bustamante que venia para ésta lo supo y les dió alcance en Boca de Leones, y les quitó todo el dinero y les hizo prisioneros doscientos y tantos, y ya los trae á ésta, pero aún no llega.

Es cuanto puedo por ahora decir, pues si fuera á poner

todo lo que hay, no hubiera papel; yo si tengo alguna razon de que V. S. I. se aproxima, pasaré á contarle por menor todo, y entre tanto dispense V. S. I. la mala letra, y mande á este su más humilde criado que S. M. B.—
Benigno Vela.

P. D.

El día de hoy se ha dado á reconocer por gobernador interino á D. Simon de Herrera; y así es regular que se tome alguna providencia sobre estos señores, pues ya parece que se les va probando la intriga con los anglo-americanos y Napoleon, pues hasta los uniformes son franceses.

El dador pidió otras cartas á otros señores, para más acreditar éstas, con los otros señores que están en Altamira: pero creo que han desconfiado por las circunstancias del día; pero yo, tan solo por ver si se consigue dar este aviso, lo hago á riesgo y riesgo, en virtud de ser conocido el portador, y haberme asegurado no entregarme, y le dí para el camino.—*Vale.*

Por extraordinario de San Luis Potosí, que ha llegado á esta capital la noche del 23 del corriente, ha recibido el Excelentísimo Señor Virey, con oficio del señor brigadier D. Félix María Calleja, copia del parte que, á dicho señor general, habia dado el teniente coronel D. Simon Herrera, desde Monclova con fecha 28 de Marzo último, el general, y los documentos de que hace mérito se insertan á continuacion para satisfaccion pública.

Señor general de las tropas del Rey en Nueva España:
Las copias que acompaño, marcadas con los números 1,

2, 3, 4 y 5, imponiendo á V. E. de la presa estimable, que el nunca bien ponderado D. Ignacio Elizondo, con las tropas de esta provincia, hizo de los principales jefes que promovieron en el reino, la escandalosa insurreccion que lo ha devastado.

Tal noticia, me ha parecido comunicarla á V. E., por ser tan interesante, sin pérdida de tiempo, esperando lograr cuanto ántes y luego que me permitan respirar las agolpadas ocupaciones que ocurran, por las complicadas circunstancias de una época revolucionaria, el que necesito para instruirle de mi arresto y separacion que se hizo de mi persona y de la de otros oficiales de la provincia de Texas.

Luego que en ésta se me confió el mando interino, por una junta que se creó, pasé orden al capitán D. Ramon Diaz Bustamante, para que persiguiese y atacase una partida de insurgentes que se hallaba en Boca de Leones: lo que verificó, desvaratando, con 63 hombres; el número de 204 de que se componia, tomándoles las armas que portaban, un estandarte y 32,000 pesos que habian tomado, pertenecientes al Ilustrísimo Señor Obispo del nuevo reino de Leon; cuya accion concluida, destacó un piquete que siguiese á otro que, al mando de un D. Rafael Hermosillo, andaba la que se ha hecho presa en la villa de Cade-reita provincia del nuevo reino de Leon, segun me acababan de dar parte. Supuesta la libertad, que misericordiosamente disfruto, no aspiro sino á que V. E. se digne darme sus superiores órdenes, bien para perseguir, con estas tropas, las diferentes partidas de insurgentes que andan sueltas, mandadas por ineptos caudillos, que casi en cada poblacion se han levantado, ó para otro destino en que V. E. quiera ocuparme, con utilidad del servicio del Rey; y

respecto á que por no saber la vía por donde, con seguridad, podria yo comunicar á V. E. tan plausibles ocurrencias, le ruego se digne darle el correspondiente parte, dando yo éste por el conducto de Parras que, segun informes, es el único que no está obstruido.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Monclova, 28 de Marzo de 1811.—*Simon de Herrera*.—Señor general de las tropas del Rey, brigadier D. Félix Calleja.—Es copia.—*Bernardo Villamil*.

Señor Comandante general;

Con fecha de 21 del corriente di parte á V. S. del glorioso ataque que con tanta bizarría y denuedo dieron las tropas y vecinos de esta provincia, sobre el ejército de los insurgentes, y como ofrecí á V. S. detallarlo luego que me hallase con noticias suficientes para ello, lo verifico ahora aunque no con la exactitud que quisiera, por serme todo tiempo corto, para atender al cúmulo de graves ocurrencias, que las más demandan mi propia personalidad. El 19 del corriente en la tarde salió de esta villa el capitán retirado D. Ignacio Elizondo á la cabeza de trescientos cuarenta y dos soldados veteranos, milicianos y vecinos, llevando de segundo al teniente D. Rafael del Valle, y de subalternos al alférez D. Josef María Uranga, teniente D. Antonio Griego, al de la misma clase D. Josef María Gonzalez, á los alferoces D. Nicolás Elizondo, D. Josef María Ximenez y D. Diego Montemayor, y por jefes de los paisanos á D. Tomás Flores, administrador de rentas unidas de esta provincia, y el justicia de San Buenaventura, D.

José Antonio Rivas, y disponiendo la formación de las tropas en el mayor orden que se pudo, marchó el referido comandante con ellas hasta avanzarse un poco más allá del puerto de Bajan, en donde á las doce del día siguiente, acamparon con seguras noticias de que al subsecuente debía llegar á aquel puerto el enemigo, por no haber otro aguaje, bajo cuyo conocimiento se preparó para recibirle, la feliz mañana del 21, valiéndose del ardid de esperarle con apariencias de un recibimiento obsequioso para conducirlo á esta capital, cuyo aviso anticipadamente se había dado al general Ximenez.

Con tal disposición y la de formar en batalla la mayor parte de la tropa, dejó el comandante á su retaguardia, otro de indios en el número de treinta y nueve, compuesto de comanches, mezcaleros y de los de la misión de Pelotes, bien advertidos del modo en que debían operar.

A las nueve de la mañana se dió vista á la vanguardia enemiga, que se componía de un fraile mercedario, un teniente y cuatro soldados de las tropas de esta provincia, que habían emigrado al ejército insurgente, y saludándose mutuamente sin recelar cosa alguna, siguieron la marcha hasta donde se hallaba la vanguardia; y estando en ella se les intimó su rendición, la que obedecieron sin réplica, seguía á éstos un piquete como de sesenta hombres, con quienes se practicó la misma operación, desarmándolos y amarrándolos sin pérdida de momento; tras de éstos rodaba un coche con unas mujeres, escoltado por doce ó catorce hombres, quienes haciendo armas para ofender á nuestra tropa, correspondió ésta desbaratándolos completamente con muerte de tres y prisión de los restantes. En ese orden fueron entrando hasta catorce coches con los generales, frailes y clérigos y al llegar el en que venían Allen-

de, que se titula generalísimo, Ximenez, capitán general, Arias y el hijo de Allende, tenientes generales, se les intimó que se rindiesen y no obedeciendo Allende, sino antes tratándolos de traidores, hizo fuego con una pistola á Elizondo, quien hurtando el cuerpo y quedando sin lesión, mandó correspondiese su tropa, de cuyas descargas resultó muerto el hijo de Allende y herido de toda gravedad Arias, lo que observado por Ximenez, se arrojó del coche dándose por preso y suplicando parase el fuego, en cuya virtud se amarró á éste y á los demás, y fueron remitidos á la retaguardia.

Cerraba la de ellos el cura Hidalgo, que con la escolta de veinte hombres, mandados por un asesino llamado Marroquin, marchaba con las armas presentadas, á quienes luego que llegaron al punto donde estaba el comandante Elizondo, se les intimó que se rindiesen, y lo verificaron sin resistencia; reunidos en un punto toda la gavilla de los perversos insurgentes de que queda hecha referencia, y quedando parte de la tropa en su custodia, avanzó Elizondo con ciento cincuenta hombres á encontrarse con la artillería que traían en buen orden, colocada á retaguardia y guarnecida con cosa de quinientos hombres.

A un cuarto de hora de marcha dió con ella, y diciéndole al que la comandaba que se rindiese, la contestación fué prepararse para aplicar las mechas á los tres cañones que formaban la vanguardia, lo que observado por Elizondo y alguno de los indios que le acompañaban, se arrojaron precipitadamente sobre los artilleros, dando muerte Elizondo á uno de ellos, y los indios á los otros con lanzas; intimados sobremanera los restantes se pusieron en fuga unos, y pasaron á nuestro campo otros, contándose entre ellos muchos soldados veteranos, milicianos y paisa-

nos que se habian trasladado á los insurgentes en el campo de Aguanueva. En tal situacion dió orden Elizondo de perseguir á los prófugos, valiéndose de esta diligencia para hacerse de los más, y apoderarse de la artillería, recojiéndose los pertrechos, dos guallines y una bandera con la cruz de Borgoña, y de consiguiente los atajos de plata acuñada que conducian en medio de los coches y desordenada columna que á pié y á caballo marchaban, cuya suma asciende á más de quinientos mil pesos, segun parece por no haberse podido reconocer su totalidad.

El número de prisioneros llega á ochocientos noventa y tres, comprendidos entre éstos muchos que se titulan coroneles, mayores, etc., todos de la peor especie de hombres que ha pisado este suelo americano; y el de los generales, jefes, frailes y clérigos.

Tengo dicho á V. S. que á la partida llevada por el comandante Elizondo, las reforzé con otras dos al cargo del capitán retirado D. Pedro Nolasco Carrasco y teniente coronel D. Manuel Salcedo, quienes aunque no llegaron á las horas de la accion, fueron de suma utilidad para custodiar en aquella noche á los reos, avanzar partidas de precaucion, poner guardias de seguridad, recojer caballos y hombres dispersos, acreditando en todas estas operaciones el expresado teniente coronel D. Manuel Salcedo, el talento militar que posee, la actividad, celo y patriotismo que le es característico.

En mi concepto es tan brillante la accion de Elizondo y sus subalternos, que para su recomendacion no necesita otra cosa que detallarla: en ella se encuentra valor extraordinario, suma intrepidez, ascendido patriotismo, y un arrojo tan inimitable, que ha valido nada ménos quitar de la patria los mónstruos sanguinarios que abortó para su

destruccion. Este servicio tan extraordinario me impone la más estrecha obligacion de recomendar á V. S. el mérito de todos los oficiales, tropa y honrados vecinos que concurren á la accion, tan entusiasmados y dispuestos á batirse, que se trabajaba para contenerlos, y considerando que todos deben de ser premiados, la bondad de V. S. lo verificará con los grados y honores que tenga á bien, particularmente con los que refiere la adjunta minuta núm. 5, que fueron quienes pusieron en la mejor disposicion á las tropas y pueblos para que sacudiesen el tirano é insurgente yugo que les oprimía, con detrimento del dominio y soberanía que por más de trescientos años, tiene el legítimo y digno sucesor del trono de España, nuestro inspiado Rey el Sr. D. Fernando VII.

El número de insurgentes muertos se ignora hasta ahora, porque habiendo huido por las serranías y malezas inmediatas al campo de la accion, fueron muertos á manos de los indios y no se ha podido dar con los cadáveres, pero no bajan de treinta á cuarenta los que perecieron; despues de la noticia que tuve de lo gravemente herido que quedaba el cabecilla Arias, me han dado parte que ha terminado la carrera de su vida.

Dios guarde á V. S. muchos años. Monclova, 28 de Marzo de 1811.—*Herrera*.—Señor comandante general brigadier D. Nemesio Salcedo.—Es copia—*Bernardo Villamil*.